

El camino hacia la plenitud consciente: Ernestina de Champourcin

Dentro del marco de estudios feministas, la obra poética de Ernestina Champourcin presenta interés especial. Si tomamos como base la consabida clasificación de las etapas en el desarrollo de la escritura femenina establecidas por Elaine Showalter (femenina - feminista - de mujer), constatamos que Champourcin se salta la feminista, a no ser que consideremos sus primeros poemas de los años 20 como deseo de emancipación: dan prueba de que una mujer es capaz de «jugar a la vanguardia» con igual destreza que el hombre.

El gran viraje que se produce después de su matrimonio que coincide con la guerra civil, seguida de largos años de destierro en Méjico, la sitúa más bien dentro de la etapa femenina, por el contenido aun más que por la forma. Asume el papel de esposa feliz. En vez de lo experimental, penetra con fuerza cada vez mayor lo religioso. Como mujer, estaba dispuesta a renunciar a su yo independiente desde que entonó himnos de amor:

¿Deja que vaya en ti más allá de lo mío,
que abandone mi ser por la gloria del tuyo

(«Entrega», *Cántico inútil*, 1936)

Habiendo perdido la patria terrenal, busca con creciente intensidad la celestial, para no sentir destierro total. Tienen fuerza estos poemas

religiosos surgidos en Méjico, pero también recogen mucha tradición. Lo que transparece en todos ellos es la búsqueda. La voz que habla es la de un ser creyente, sin distinción de sexo, aunque por su emotividad y actitud sumisa sea posible identificarla como canto femenino tradicional:

Cercada sin remedio,
cautiva sin murallas.

(*El nombre que me diste*, 1960)

La pérdida del marido y la vuelta a España renuevan la creatividad original, que se manifiesta desde Primer exilio (1978). Lo nuevo aquí es la capacidad de crear distancia. La poeta que encontramos en estos versos ya no clama por un apoyo: ha entrado en la etapa de mujer. Acepta conscientemente su condición, y encuentra en ella nueva fuerza. Esta experiencia llega a su cumbre en *Del vacío y sus dones* (1993)¹: la superación de la amenaza, la revelación de una savia escondida, una confianza que brota desde dentro y no depende de la circunstancia:

Y crecer para dentro
es lo que más se espera,
como esas raíces
que van a florecer
cuando nadie las mire. (48)

Es una serenidad que fundamenta los versos de otra, tal vez la más insigne representante de poesía de mujer en España, María Victoria Atencia, cuya andadura femenina es innegable y cuya seguridad -como la que se admira en *Del vacío...*- le confiere una aura clásica. En estos versos memorias concretas se funden con vislumbres de lo eterno, permitiendo descubrir dones en lo que otros percibirían como vacío. (Curiosa recurrencia ésta de don en la poesía de mujer consciente y madura; recordemos *El don de la simiente* de Concha Zardoya, que también invita a una lectura simbólica.) Todo es luz,

claridad y afirmación en este libro, que sin embargo se mantiene lejos del logocentrismo.

Al final de la tarde
no vale lo que queda
sino el impulso mágico
de la verdad completa. (49)

Biruté Ciplijauskaitė
Universidad de Wisconsin-Madison

notas:

1. *Del vacío y sus dones*: Madrid: Torremozas, 1993.

Las otras citas las tomo de E. de Ch. *Poesía a través del tiempo*. Ed. José Angel Ascunce. Barcelona: Anthropos, 1991 (¡Deja que vaya... p. 159; Cercada sin remedio... p. 232)